

Revista de **Filología Alemana**

ISSN: 1133-0406

http://dx.doi.org/10.5209/rev_RFAL.2016.v24.52832EDICIONES
COMPLUTENSE

Haffner, Ernst: *Hermanos de sangre. Una novela berlinesa*. Trad. de Fernando Aramburu. Buenos Aires: Planeta 2015. 243 pp.

En 1932, el relativamente ignoto periodista Ernst Haffner publicó en una editorial por entonces eminente, la de Bruno Cassirer, una novela documental originalmente titulada *Jugend auf der Landstraße Berlin*. Apelando a técnicas favoritas del Modernismo literario tales como el monólogo interior y el montaje, en la obra se narraban algunos episodios de la vida cotidiana de unos jóvenes marginales y desamparados en la capital alemana, devenida metáfora de un camino penoso y sin fin. Entre las fuentes del autor se contaban, sin duda, los escritos sobre los “jóvenes carenciados” del inefable Peter Martin Lampel, y por supuesto, la magistral novela *Berlin Alexanderplatz* (1929) de Alfred Döblin; ambas referencias inspiraban tanto en lo formal como en lo sustancial al volumen de Haffner, que por lo demás se hacía eco de un problema coyuntural y le daba aliento épico a una miseria cotidiana y vergonzante para la población alemana. Más cerca de la tradición picaresca que de la sordidez que despuntaban en la narrativa de ficción y el periodismo del momento, el novel autor elaboró un relato atractivo e interesante con todo ello, al punto de que llegó a recibir comentarios elogiosos en la revista crítica más importante del momento, *Simplicissimus*, y de un notable intelectual como Sigfried Kracauer en el *Frankfurter Zeitung* (en el primer caso se le reconocía la calidad de su escritura, y en el segundo, la agudeza de su observación: en forma complementaria, cada halago hacía a una totalidad más que consumada).

Así, la carrera de Ernst Haffner parecía despejar gracias a su primogénito literario... Pero casi de inmediato, tras la toma del poder por parte de Hitler en enero de 1933, el promisorio autor y su aplaudida obra se hundieron en un súbito y sospechoso olvido. El libro pasó de figurar en la lista de los textos recomendados a los textos prohibidos y su autor, comprensiblemente, bajó su perfil; tanto, de hecho, que poco y nada se supo de él desde entonces. Su nombre no reaparecería mencionado hasta 1938, citado por la Unión de Escritores del Reich (el organismo destinado a controlar la producción literaria alemana), pero el implicado no compareció: la muerte o el exilio –exterior o interior– le ahorraron esa indeseable ceremonia. Ninguna foto, ningún registro, ningún recuerdo, ninguna tumba permiten rastrearlo. Todas las conjeturas sobre su destino tienen asidero: el suicidio, el secuestro y su posterior desaparición, e incluso su fuga bajo un nombre falso y una nueva vida en un contexto lejano.

En los años setenta hubo un intento de adaptar la novela para una miniserie televisiva, pero el simultáneo proyecto de *Berlin Alexanderplatz* de Fassbinder o

algún otro motivo desalentaron el emprendimiento, y el texto volvió a su largo letargo. De modo que fue finalmente el editor Peter Graf quien, con buen olfato, la relanzó con el nuevo título de *Blutsbrüder*, causando sensación en la Feria de Frankfurt de 2013. Rebautizado comercialmente y exhumado en tanto un testimonio más de la barbarie (no tan) del pasado, como una cápsula de tiempo de la República de Weimar, el volumen irrumpió también en el mercado internacional, probando una cierta vigencia gracias a sus méritos intrínsecos, pero ante todo merced al aparato comercial que lo rodea. Pues a partir del prólogo del propio Graf y del lanzamiento en la Feria de Frankfurt, el mundo editorial hace circular a esta obra como un texto profético del nazismo (“Una excelente y profética novela [...] los buenos libros no se queman”, declaró el reseñista de *Süddeutsche Zeitung*), algo que ciertamente *no* es, o que en todo caso no quería ser.

Fuera de la apasionante historia que envuelve al enigmático autor y su único libro, el texto en sí se deja leer como un abordaje asaz logrado de un tema recurrente en las posguerras: la miseria y la consecuente clandestinidad urbana. Sin gran originalidad, y apostando a lo seguro, Haffner eligió como antihéroes protagónicos a unos jóvenes sin padre ni trabajo, abandonados a subsistir en las calles o en reformatorios y cárceles, y se valió de ellos como perspectiva privilegiada para pasear al lector por la confusión de la juventud y la desesperación de la pobreza, mostrando episodios tanto de solidaridad como de sordidez y degradación entre marginales. Algunas de esas viñetas sorprenden aún, pues escapan a la larga tradición que las convencionalizara en la novelística europea. Y en última instancia, los datos y detalles valen como ilustración de las circunstancias. De hecho, acaso el personaje mejor evocado es la mismísima ciudad de Berlín de los años treinta, hogar y prisión al mismo tiempo: “A Berlín, a ese Berlín enorme, despiadado, no es posible vencerlo a solas para arrancarle un mínimo diario de medios de subsistencia”. Si bien el “modernismo” formal del libro puede resultarle algo obsoleto y anacrónico a quien lo lea hoy en clave de ficción, la carga documental ha de satisfacer en cambio a historiadores y sociólogos en busca de un buen retrato de época.

Marcelo G. Burello
Universidad de Buenos Aires
margbur@gmail.com